



André Senier

Buda y el budismo

Una figura, una doctrina
y una filosofía
al alcance de todos



De Vecom
DVE
ediciones

Andre Senier
Buda y el budismo

«Parkstone International Publishing»

2012

Senier A.

Buda y el budismo / A. Senier — «Parkstone International Publishing», 2012

ISBN 978-84-315-5316-6

El budismo es actualmente una de las religiones más importantes del mundo, y del mundo occidental atendiendo al número de fieles (300.000 budistas en España, 200.000 en México, 900.000 en Francia...). Numerosa gente se interesa por la filosofía budista para incluirla en su vida cotidiana. Originario del área india del Ganges y difundido por la mayor parte de Asia, en la actualidad se ha ido implantando como ya hemos comentado en todo el mundo occidental. Su nombre tiene su origen en el calificativo con el que fue conocido su fundador, Buda, es decir, «despierto», «iluminado»; un término que hace referencia a la vez al personaje histórico que está en el origen de la doctrina y al estado que cada persona puede alcanzar si sigue el ejemplo del Maestro. Buda fue un ser que irradiaba con su presencia los lugares que recorría. Llegaba a los demás a través de su bondad y de su desinterés por las cosas materiales, de manera que rápidamente adquirió categoría de ejemplo. Con este libro aprenderá todo sobre esta gran figura y la doctrina que predicó: su vida, las fuentes históricas de la fe budista, las diferentes escuelas del budismo y su expansión... Una obra esencial para todos aquellos que quieran conocer a fondo el budismo y abrir su mente y su espíritu a las enseñanzas de una doctrina que aporta esperanzas y liberaciones.

ISBN 978-84-315-5316-6

© Senier A., 2012
© Parkstone International
Publishing, 2012

Содержание

Introducción	7
Las diferentes escuelas del budismo deben tenerse en cuenta. sus diferencias son sustanciales	9
Las fuentes históricas de la fe budista	10
El proselitismo del rey açoka	11
Una tradición transcrita por los monjes	13
La leyenda del Buda Gautama	14
Las mil vidas del perfecto	15
El nacimiento de siddharta	16
Los cuatro reencuentros	18
La huida del palacio	20
La soledad y la austeridad	22
El Árbol de bodhi	23
El sermón de benarés	25
El retorno a kapilavastu	26
El sacrificio del «yo»	28
Historia de Devadatta	29
Конец ознакомительного фрагмента.	30

André Senier

Buda y el budismo

A pesar de haber puesto el máximo cuidado en la redacción de esta obra, el autor o el editor no pueden en modo alguno responsabilizarse por las informaciones (fórmulas, recetas, técnicas, etc.) vertidas en el texto. Se aconseja, en el caso de problemas específicos – a menudo únicos— de cada lector en particular, que se consulte con una persona cualificada para obtener las informaciones más completas, más exactas y lo más actualizadas posible. DE VECCHI EDICIONES, S. A.

Traducción de J. Lalarri Estiva.
Fotografías de cubierta de © Thinkstock.

© De Vecchi Ediciones, S. A. 2012
Avda. Diagonal 519–521, 2.º 08029 Barcelona
Depósito Legal: B. 19.398-2012
ISBN: 978-84-315-5316-6

Editorial De Vecchi, S. A. de C. V.
Nogal, 16 Col. Sta. María Ribera
06400 Delegación Cuauhtémoc
México

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de DE VECCHI EDICIONES.

* * *

Introducción

El budismo es actualmente una de las religiones más importantes del mundo atendiendo al número de fieles. Originario del área india del Ganges, se ha extendido por todo el subcontinente asiático antes de continuar su expansión – no sin modificaciones— por la mayor parte de las regiones de Asia, donde se ha ramificado en tres grandes escuelas. Además, la imagen de paz y sabiduría que transmite ha permitido que en la actualidad se haya ido implantando en todo el mundo occidental.

Su nombre tiene su origen en el calificativo con que fue conocido su fundador, Buda, es decir, «despierto», «iluminado»; un término que hace referencia a la vez al personaje histórico que está en el origen de la doctrina y al estado que cada persona puede alcanzar si sigue el ejemplo del Maestro.

Nacido a mediados del siglo VI a. de C. en el clan de los sakyas, Buda fue también conocido, debido a su linaje, con el seudónimo Gautama. Los textos raramente mencionan el título de Sakyamuni («el sabio del clan de los sakyas»). En cuanto al de Siddhartha, «el que alcanza su objetivo», es ciertamente de reciente tradición.

Teniendo en cuenta el carácter apócrifo de los textos más antiguos, resulta difícil establecer con precisión cómo fue realmente el budismo de Buda. La actitud que en su época adoptó en relación con las angustias de la existencia y las dificultades de la vida procedía más, sin duda, de la ética, de la sabiduría sencilla y de la moral pura que de una doctrina muy elaborada. Buda fue un sabio en el sentido estricto del término, alguien que por su aura resultaba irresistible a todos cuantos se le acercaban y que irradiaba con su presencia los lugares que recorría. Buda llegaba a los demás a través de su bondad y de su desinterés por las cosas materiales, de manera que rápidamente adquirió categoría de ejemplo. Su vida podría resumirse, en definitiva, en unas pocas palabras. Nació en la región de Kapilavastu, al norte de la India, donde, criado en un ambiente relativamente cómodo, llevó una existencia realmente conforme con la ortodoxia de la época.

Abandonó el círculo familiar para entregarse a una vida de asceta errante siendo todavía joven, una elección muy especial que le permitió adquirir ese dominio de sí mismo que tanto impresionó después a todos. Muy pronto se reunió en torno a él un primer grupo de fieles. Al final de su existencia debió alternar la enseñanza con la peregrinación. Se ignora, desgraciadamente, todo lo relativo a su muerte.

La «verdad» de los textos es una versión magnificada y claramente henchida de aspectos maravillosos. A un nacimiento milagroso le sucedió la opulencia de una vida principesca aderezada con una boda de alto nivel. Padre a la edad de veintinueve años, el futuro Buda dejó muy pronto su casa para entregarse a una vida de renuncia. Cuando tenía unos treinta y cinco años conoció por fin la iluminación bajo un árbol sagrado, la higuera de las pagodas (*Ficus religiosa*), tras recurrir, seguramente, a antiguas técnicas de yoga (se han descubierto testimonios de la existencia de un yoga primitivo en la civilización hindú desde el tercer milenio a. de C.).

Poco después de este ascenso al estatus de Buda (la iconografía, especialmente importante en el budismo, ha asociado este momento con la posición de la meditación), rechazó las fuerzas del mal desplegadas por Mara, el dios de los infiernos (con el gesto simbólico de tomar la Tierra como testimonio), y pronunció su primer sermón (gesto de la enseñanza) en el parque de las gacelas, en Sarnath, cerca de Varanasi (Benarés). Aquí fue donde transmitió las enseñanzas fundadoras de la comunidad monástica a sus cinco primeros discípulos.

La actitud soteriológica de Buda se inscribía en la perspectiva del samsara (el ciclo de los renacimientos) sometido al karma (retribución de los actos). Aquella postula que los seres vivos pasan, debido a sus acciones, de una existencia a otra, alternando los buenos con los malos renacimientos. La acción del Maestro debía consistir en cortar esta «cadena de sufrimiento», a

priori sin fin, desarrollando la cuestión de las cuatro nobles verdades que constituyen la esencia de su doctrina. En Sarnath, Buda puso de manifiesto:

- la verdad del dolor, porque la vida humana está salpicada por innumerables sufrimientos;
- la verdad del origen del dolor que constituye el deseo inducido por la ignorancia;
- la verdad del fin del dolor que consiste en suprimir el deseo y permite alcanzar la beatitud suprema del parinirvana (extinción completa);
- la verdad del camino que conduce al fin del dolor. Esta vía, calificada de «vía de los ocho miembros» (opinión pura, intención pura, palabra pura, actividad corporal pura, medios de existencia puros, esfuerzo puro, atención pura y concentración mental pura), es una especie de exaltación de una vida en la que la moral ocupa un lugar destacado.

También fueron puestos de manifiesto determinados ejercicios físicos que permitían alcanzar el dominio del cuerpo y de la mente. Sin embargo, tales opciones necesitaban un entorno especial y una estricta disciplina de vida. Mendicidad, evangelización y meditación pasaron a ser la parte esencial de una existencia ya marcada por la austeridad. No era solamente cuestión de iniciar un culto más. Después de la desaparición del Maestro, todo sucedió de una manera muy diferente. Se puso en marcha un proceso que dio origen a un budismo de esencia religiosa llamado a evolucionar de manera considerable durante muchos siglos.

Las diferentes escuelas del budismo deben tenerse en cuenta. sus diferencias son sustanciales

El budismo theravada

Confrontados a un mundo sin Buda, los primeros discípulos establecieron rápidamente un culto alrededor de la personalidad de este último. El estupa, monumento para contener reliquias, en el que fueron depositadas las cenizas del Maestro después de su muerte definitiva (Parinirvana), se convirtió en la arquitectura emblemática de la nueva religión. Muy pronto se levantaron muchos miles más. Simultáneamente a estos testimonios formales, se codificó la palabra *Buda* y se intentó compendiar sus sermones, que se habían convertido en el elemento más importante del canon budista. Esta base doctrinal puso de relieve el ejemplo del Maestro como medio para alcanzar la salvación.

El proceso de divinización de los bienaventurados quedó definitivamente acabado en lo que hacía referencia a la representación mediante símbolos. Inicialmente anicónico, la evocación de Buda evolucionó en torno al comienzo de la era cristiana hacia una iconografía centrada en los momentos esenciales de su vida (nacimiento, llamada, toma de la tierra como testimonio, enseñanza, apaciguamiento, don y parinirvana). Estos son los temas representados todavía hoy en los países de tradición theravada, como, por ejemplo, Sri Lanka, Myanmar, Tailandia, Laos o Camboya.

El budismo mahayana

Frente a la salvación individual predicada por la doctrina theravada, el budismo mahayana («gran vehículo»), desarrollado a comienzos de la era cristiana, dio prioridad al ideal del Bodhisattva, un «ser prometido a la Iluminación» que aplazaba su ascenso al nirvana para ayudar al mayor número posible de personas a salvarse. Esta nueva entidad desempeñaba de esa manera un papel como intercesora entre la humanidad que sufre y la divinidad, y proponía una forma más universal de redención. Poco a poco, el panteón budista de los Bodhisattva iba tomando cuerpo. Algunos de sus miembros más destacados fueron Maitreya, el buda del periodo cósmico futuro, y también Manjusri. Sin embargo, el más importante de todos ellos fue, sin duda, Avalokitesvara, que en China se convirtió en Guan Yin y se feminizó.

El budismo mahayana insistía también en el simbolismo del espacio y en los gestos de conexión con una categoría de Buda calificada como Buda de Oriente (Vairocana, Aksobhya, Ratnasambhava, Amitabha, Amogasiddhi). Hoy puede encontrarse en Japón y, bajo alguna forma atrofiada, en China y Vietnam.

El budismo tántrico

Esta última forma de budismo apareció a principios del siglo III d. de C. Retomando los elementos presentados por el budismo mahayana, insiste especialmente en los rituales y la práctica del yoga como un medio para llegar a la salvación. La función del gurú («maestro») se ve revalorizada. Las divinidades masculinas se multiplican y toman a veces formas feroces. También pueden aparecer junto a deidades femeninas (prajna).

Esta extrema complejidad estaría, según algunos, en el origen del irremediable declive del budismo en la India. No obstante, el tantrismo ha subsistido en el Nepal y en el Tíbet. Vamos a intentar comprender quién fue Buda y qué es el budismo, o más bien los budismos.

Las fuentes históricas de la fe budista

El proselitismo del rey açoka

La historia del budismo comenzó con la de una comunidad de monjes mendicantes que se agruparon en la llanura del río Ganges, unos quinientos cincuenta años antes del comienzo de la era cristiana, alrededor de la persona de Gautama, Buda. Nada sabemos con precisión de todo lo que concierne a este último, por ello debemos buscar datos en textos legendarios para conocer la realidad de este personaje. De hecho, los documentos históricos suponen un bagaje bastante escaso.

Las tradiciones más antiguas del budismo se han conservado en Ceilán – actualmente Sri Lanka—, donde ciertas producciones relativamente modernas han venido a ampliar este viejo patrimonio por simple yuxtaposición, si bien manteniendo intacta la parte más antigua.

El conjunto de estos textos forma la literatura sagrada, redactada en lengua pali, única versión en la que se conserva el original completo. En este dialecto, que llegó a la isla desde el sur de la India y está estrechamente emparentado con el sánscrito, se considera que se expresó originalmente la doctrina.

Los documentos más antiguos datan de los siglos V y VI a. de C., si bien también estos proceden de alguna fuente muy anterior. Mahinda, hijo del rey indio Açoka que vivió hacia el año 260 antes de nuestra era, habría sido el propagador del budismo en Ceilán. Açoka, que había abrazado la fe budista y unificado bajo su autoridad la casi totalidad de la India, extendió la nueva doctrina por todos sus territorios. En torno al año 252 convocó un importante concilio a fin de fijar esta creencia y creó un consejo de las misiones extranjeras para divulgarla por todo el mundo.

Existen varias escuelas budistas. En la Edad Media sus representantes las reunieron en tres grandes categorías: la del budismo hinayana, o «pequeño vehículo»; la del budismo mahayana, o «gran vehículo», y la del budismo tántrico. El «pequeño vehículo», el más antiguo, pretende remontarse al mismo Buda y se dirige a los que son llamados para la última renuncia. El «gran vehículo», posterior a la era cristiana, declara querer llegar más lejos y dirigirse a un mayor número de criaturas. Se apoya en una interpretación más profunda de los textos antiguos y en las revelaciones escalonadas a lo largo de los siglos. En cuanto a la vía tántrica, esta consiste en la superposición de relatos mitológicos budistas y prácticas sivaítas y paganas: se alcanza la salvación a través de la magia y los ritos.

El jainismo

Religión india cuyo origen se atribuye a un personaje mítico tenido por una encarnación del dios Vishnú y cuya obra fue continuada por otros veintitrés sabios de los que el último, Vardhamana, fue contemporáneo de Buda. Los seguidores de esta doctrina admiten la existencia de dos sustancias: una tosca e inerte que forma la parte inanimada del universo, y otra, sutil y móvil, que constituye el alma. Esta, indefinidamente fragmentada, habita en todas las criaturas, desde los minerales hasta los dioses, pasando por los vegetales, los animales y los hombres. Cada una de sus manifestaciones es indestructible y se eleva o vuelve a caer en función de sus méritos o sus faltas.

En consecuencia, los jainistas practican el respeto absoluto a toda criatura viviente y predicán una pureza no menos fanática de las costumbres. Para ellos, sólo el conocimiento de los textos sagrados puede liberar a los seres del ciclo infernal de las reencarnaciones, sin hablar de fe ni de una conducta religiosa ejemplar. Estas creencias, extendidas por la antigua India, sólo son practicadas hoy día por unos diez millones de fieles, que viven en el estado de Bihar (en el

este de la India) y en la parte occidental del subcontinente. Dos sectas practican el jainismo, separadas únicamente por la observación más o menos draconiana de las reglas.

Una tradición transcrita por los monjes

Diferentes concilios, además del de Açoka, se celebraron después de la muerte de Buda. Se acepta, en lo que respecta al canon pali, que las palabras de los bienaventurados sólo se habrían puesto por escrito unos cien años antes de nuestra era. Algunos descubrimientos arqueológicos demuestran que en la época del rey Açoka era bien conocida la existencia de una ciudad llamada Kapilavastu, situada al norte de Benarés, así como un lugar llamado Lumbini, en el que la leyenda sitúa el nacimiento de Buda y al que este rey iba en peregrinación.

Açoka hizo referencia en sus edictos, por otra parte, a siete obras que figuran en los textos canónicos. Finalmente, el descubrimiento, en Nepal, de algunas inscripciones halladas en un relicario demuestra que el culto de las reliquias del gran fundador ya existía en el siglo III a. de C.

Los datos biográficos y geográficos relativos al Maestro o a sus discípulos no han sido inventados por completo; además, la tradición jainista, cuyo fundador fue un contemporáneo de Buda, nos da determinadas garantías, como, por ejemplo, de la existencia de Devadatta, un pariente rival de Sakyamuni que encontramos en la leyenda.

Se puede adelantar que algunos elementos de la tradición fueron fijados con bastante rapidez por los monjes deseosos de recoger las lecciones y los códigos de la disciplina de su guía. Este acervo, en primer lugar oral, se enriqueció con las diferentes fraternidades, cuyas relaciones eran muy frecuentes, y con desarrollos escolásticos, líricos, míticos y legendarios. Así fueron fijados los cánones del budismo hinayana a partir de materiales muy antiguos pero bien pronto articulados de una forma definitiva. Es lo que se llama las *cestas*, de las que las dos primeras (la del *Discurso* y la de la *Disciplina*) son probablemente coetáneas del siglo posterior a la muerte del Perfecto. Existe también una recopilación claramente más tardía compuesta por antiguos materiales mitológicos refundidos bajo una forma popular: estos son los *Jataka*, conjunto que recupera de nuevo los relatos de los nacimientos anteriores de Buda.

La vida del príncipe Siddharta, presentada a continuación, es una amalgama de la triple corriente de la que acabamos de decir algunas palabras, con una fuerte influencia mahayanista, como es evidente: en efecto, el énfasis devoto, o bhakti, ocupa un amplio espacio, rasgo muy específico del mahayana («gran vehículo»).

La leyenda del Buda Gautama

Las mil vidas del perfecto

Antes de convertirse en el Perfecto que vino a este mundo para enseñar a los hombres el camino de la salvación, Buda Gautama conoció un incalculable número de existencias. Y durante cada una de ellas, tanto si no era más que un humilde animal que habitaba en los grados inferiores de la escala de los méritos como si era un hombre, numerosos signos indicaban su gloria futura.

Se cuenta que vivía, más de cien mil años antes de su última existencia, encarnado en un hombre rico y poderoso llamado Thumeda. Sin embargo, dado que no dejaba de reflexionar sobre la muerte y la vanidad de todas las cosas, decidió entregar todo cuanto poseía y retirarse a vivir en soledad. En aquella lejana época enseñaba Deipinkara, uno de los sabios que figura en la larga lista de los Budas que iluminaron la tierra con su ciencia. Un día, mientras iba recorriendo la región para predicar la ley, llegó a un lugar en que el estado del camino, devastado por la intensidad de las lluvias, le impidió continuar su peregrinación. Dado que, antes de que él llegara, la población se había reunido para reparar la calzada estropeada por las aguas, Thumeda se sumó a la multitud y se puso manos a la obra con gran entrega. Cuando ya casi había acabado el tramo que le había correspondido arreglar vio aparecer a Deipinkara y su séquito de monjes.

Entonces, para rendir homenaje al Maestro, se echó sobre el tramo que le faltaba por arreglar y le rogó que pasara sobre su cuerpo con todo su séquito a fin de que no se interrumpiese la marcha del cortejo. Deipinkara aceptó, fijó un tiempo de descanso y le dijo:

«Santo ermitaño, eras rico y voluntariamente te has convertido en pobre; eras orgulloso y te has convertido en el más humilde de los hombres. Te anuncio que un día, cuando hayan pasado muchos siglos y la ley sea de nuevo desobedecida por los habitantes de este mundo, te convertirás en el más grande de todos los Budas».

Aquel que bajo el nombre de Buda Gautama debía proclamar la «Gran Huida» se encarnó una última vez, después de mucho tiempo, en el seno de Maya, en el país de los sakyas, que se encuentra en el centro de la llanura del Ganges. Esta es su historia tal como nos ha llegado a través de la tradición.

El nacimiento de siddharta

Cuando llegó la hora de producirse su último nacimiento en este mundo, hacia el año 550 antes de la era cristiana, Buda eligió como padre al rey Suddhodana, que reinaba desde la ciudad de Kapilavastu sobre el pueblo de los sakyas. Por esta razón, más tarde le sería entregado el título de Sakyamuni, el sabio de la casa de los sakyas. No lejos del palacio real discurría el Rohini, un afluente del Ganges al que los documentos más antiguos ya denominan con ese nombre.

Suddhodana tenía por esposa a Maya, a la que se había anunciado, cuando no era más que una niña, que un día sería la madre del Salvador de los hombres. He aquí que un día, mientras estaba dormida en su habitación, tuvo el siguiente sueño: cuatro genios entraban en su habitación y la transportaban a la cima del monte Merou, la montaña sagrada del Himalaya. Allí se le apareció un elefante blanco que sujetaba con su trompa un loto blanco. El animal dio tres vueltas alrededor de la mujer y la dejó después a su derecha, según el ritual sagrado llamado *pradakshina*; a continuación, inclinándose ante ella, le abrió el regazo con uno de sus colmillos y desapareció.

Al despertarse, le contó el sueño a su marido, quien pidió a los adivinos de la corte que lo analizaran. Estos le predijeron el nacimiento de un hijo que se convertiría en la luz del universo. Cuando se acercaba el momento del parto, la reina Maya, con el consentimiento de Suddhodana, su marido, se dirigió a la tierra de sus padres. Apenas había comenzado el viaje cuando, en el bosque de Lumbini, nació un niño portador de treinta y dos signos superiores y de ochenta marcas inferiores.

Con gran asombro por parte de quienes lo rodeaban, el niño se levantó, dio siete pasos en dirección al sol naciente y dijo: «Yo, Bodhisattva, alcanzaré el primer rango en el mundo». Dio otros siete pasos hacia el sur y añadió: «Seré digno de las ofrendas de los hombres y de los dioses». Después, girándose hacia el norte, dio de nuevo otros siete pasos y dijo: «Este es mi último nacimiento. Pondré fin al nacimiento, a la vejez, a la enfermedad y a la muerte. En medio de todos los seres, no tendré superior». Marchando, finalmente, hacia poniente, dijo de nuevo: «Venceré a Mara, “el tentador”, y llevaré la paz incluso a la región de las sombras».

Al mismo tiempo y en otro lugar nacía Yasodhara, su prima y futura esposa, y también Nanda, su primo, que se convertiría en su discípulo preferido, y *Kathanka*, el caballo sagrado con el que se escapó del palacio de su padre. Después, en el bosque de Uruvela, nacía de la tierra el árbol de Bodhi, bajo el que un día el Perfecto recibió la iluminación.

Maya murió siete días después de haber traído al mundo al niño predestinado, porque la madre de Buda no debía volver a tener ningún otro hijo. Los adivinos profetizaron entonces a Suddhodana que si su hijo permanecía en el mundo llegaría a ser el Sakravarti, «el que hace girar la rueda de los mundos», es decir, el rey de reyes que sería maestro de la Gran Tierra, pero que si renunciaba al mundo se convertiría en la luz de los hombres. El rey, que deseaba para su hijo una investidura profana, pidió entonces a los sabios que le enumeraran los signos que podrían señalar la vocación del alejamiento: «Cuatro signos le indicarán – le dijeron— cuál es su camino: encontrará a un anciano, después a un hombre enfermo, a continuación a un muerto y para terminar a un monje».

Suddhodana hizo entonces vigilar las puertas de la ciudad, alejó a los enfermos y a los religiosos, y se preocupó de que sus habitantes fueran únicamente jóvenes. Además, confió a la hermana de Maya, a la que había convertido en su nueva esposa, la tarea de educar al niño, al que bautizó como Siddharta, «el que cumple».

Los signos mayores del Bodhisattva

Poco después del nacimiento de Siddharta, un asceta llegado del Himalaya describió al rey Suddhodana los signos que un día debían aparecer sobre el cuerpo

de Buda en señal de predestinación: Su cráneo presentará una excrecencia. Sus cabellos trenzados por la derecha serán azulados. Su frente será ancha y lisa. Entre sus cejas lucirá un pequeño círculo de pelos argentados. Sus ojos, protegidos por largas pestañas como las de una becerra, serán grandes, blancos y negros. El lóbulo de sus orejas será tres veces más grande de lo habitual. Lucirá cuarenta dientes fuertes e iguales. Una lengua muy sensible le proporcionará un excelente sentido del gusto. Su mandíbula tendrá la fuerza de un león. Su piel será fina y tendrá el color del oro. Tendrá el cuerpo flexible y firme como el tallo del aro. El torso será muy parecido al pecho de un toro, los hombros redondos, los muslos fuertes, las piernas de gacela y tendrá siete protuberancias bien distribuidas. Su mano será grande. Su largo brazo alcanzará la rodilla. Tendrá los dedos de las manos y de los pies unidos por una fina membrana. Sus pelos nacerán uno a uno, y los de sus brazos crecerán orientados hacia arriba. Lo que necesite ocultar será tapado. Sus talones serán grandes. Las palmas de sus manos estarán unidas. Bajo la planta de cada pie llevará trazada una rueda de mil radios y se mantendrá perfectamente derecho sobre sus pies, que serán simétricamente iguales. En cuanto a su voz, tendrá el timbre de Brahma.

Los cuatro reencuentros

Quienes han relatado la vida y las palabras de Buda no han dicho casi nada del tiempo transcurrido entre su nacimiento y su adolescencia. En todas las disciplinas a las que se entregó destacó siempre sobre aquellos que le rodeaban: muy pronto manifestó un perfecto conocimiento de las ciencias, las artes, el tiro con arco y la equitación. Cuando cumplió dieciséis años se casó con la joven Gopa Yasodhara, con la que más tarde tendría un hijo. Todavía habían de pasar trece años antes de que ocurriera algo que a los ojos de Siddharta pudiera parecerse a los signos que su padre temía que viera.

Por fin, un día, el joven príncipe – que tenía entonces veintinueve años— quiso dirigirse a un pequeño bosque situado más allá de las murallas de la ciudad. «Me gustaría – dijo— visitar el bosque de Lumbini, en el que mi madre me trajo al mundo». Suddhodana hizo preparar un carro y apostó guerreros a lo largo de todo el trayecto a fin de que nadie se acercara al cortejo.

Fue entonces cuando en el camino, delante de ellos, apareció un anciano con el cuerpo muy deteriorado por el paso de los años que, caminando con dificultad, ofrecía a quienes le miraban el espectáculo de su decrepitud. Marcado por todas las ofensas del tiempo, el anciano avanzaba apoyándose en un bastón.

Siddharta, «el que cumple», le preguntó entonces a su sirviente Chandaka, que le acompañaba:

–¿Quién es ese hombre? ¿Qué le ha ocurrido para que ya no pueda sostenerse? ¿Qué fuerza ha podido destruir su vigor y desfigurar su rostro?

– Este hombre es un anciano y lo que ves es lo que reserva la vida a los seres que viven muchos años – le contestó su criado.

– Entonces – dijo Siddharta—, nacer es algo funesto si conduce a los hombres a esta situación.

Después de este decisivo encuentro quiso regresar a su palacio.

Cuando su padre supo qué había sucedido se acordó de los signos anunciadores e hizo doblar la guardia que acompañaba a su hijo, aunque, naturalmente, no podía detener aquello que el destino había establecido.

Al día siguiente, mientras se dirigía de nuevo hacia el pequeño bosque al que no había llegado el día anterior, el príncipe recorrió de nuevo el mismo camino. Sin embargo, le esperaba un nuevo encuentro en el lugar exacto donde se había desarrollado la escena del anciano. Esta vez vio, echado sobre su espalda, a un ser lívido que deliraba a causa de la fiebre y mostraba una respiración agitada que sacudía todo su cuerpo. Chandaka, el criado, respondió a las preguntas de su maestro diciéndole que se trataba de la enfermedad que podía afectar a todos los habitantes de la tierra sin distinción alguna.

Una vez más el príncipe dio media vuelta y volvió a Kapilavastu.

Por tercera vez quiso el príncipe recorrer de nuevo el camino, pero una visión todavía más atroz le esperaba: una persona muerta rodeada de sus parientes envueltos en lágrimas apareció ante su vista. Dirigiéndose a Chandaka, le preguntó de nuevo:

–¿Cuál es ahora la causa de esta nueva desesperación?

– Señor, acabas de descubrir la muerte – le contestó Chandaka—. Ella es la que pone fin a la vida de todos los seres. Nadie puede escapar a su acción.

Siddharta le respondió entonces:

–¿Para qué sirven en la balanza de la felicidad esas maravillas que se llaman juventud, salud y vida? ¡Mira cómo acaban! ¿Quién puede mantener ahora que la existencia no es una pesada carga?

Días después, aquel al que los tiempos llamarían *Bienaventurado* decidió, a pesar de las advertencias de su padre, salir por cuarta vez.

En esta ocasión no vio a ningún anciano, a ningún enfermo ni tampoco a la muerte, sino a un hombre que, vestido con un hábito teñido de color azafrán y la cabeza rasurada, caminaba llevando en la mano una escudilla. Era un monje. Entonces, el príncipe descubrió enseguida que en este hombre que caminaba libremente, liberado de los tentáculos del deseo, se escondía la verdad. Y su espíritu recibió la iluminación.

Cuando regresó al palacio, se encontró con un grupo de gente que mostraba gran alegría. Un sirviente se acercó hasta él diciendo: «¡Maestro, ha nacido vuestro hijo!». Sin embargo, él, ya transportado por el recuerdo de su último encuentro, balbuceó unas palabras incomprensibles a todos cuantos le rodeaban:

– Es una nueva atadura que acaba de nacer y que es necesario destruir.
Por eso lo llamó Rahula, «atadura».

La huida del palacio

Poco después, cuando entró en la habitación de su esposa, vio que esta dormía manteniendo entre sus brazos el fruto de su amor mutuo. Y se dijo a sí mismo: «¿Cuál es la primera causa del sufrimiento de los hombres y cuál es el medio para evitarla?». Comprendió entonces que era imprescindible incluso separarse de las personas a las que amaba. Salió de la habitación sin despertarlas, se dirigió después a su criado Chandaka y le ordenó: «Prepara rápidamente mi caballo y disponte a seguirme, porque ha llegado para mí la hora de romper las ataduras. Si no es posible evitar la vejez, la enfermedad ni la muerte, que sea al menos posible escapar a las vidas futuras y a los sufrimientos sin par que conducen a cada nuevo renacimiento».

Una vez en las cuadras reales, el fiel Chandaka preparó el magnífico corcel *Kanthaka*. Después, el príncipe subió a su sirviente a la grupa y espoleó a su caballo, que comenzó a cabalgar en medio de la noche. Apenas había franqueado la muralla del palacio, oyeron una voz que decía:

–¿Adónde vas, Siddharta? Regresa enseguida al sitio del que vienes porque no ha de pasar un mes antes de que te conviertas en Sakravarti, el rey más poderoso de la tierra.

–¿Quién eres tú cuya voz me habla en medio de la noche?

– Soy Mara y conozco tu grandeza y tu destino.

Entonces, el Perfecto le respondió:

– Sé que puedo ser el rey del mundo, pero ¿y tú? ¿no eres el malvado? ¿el tentador? ¿el que arrastra a los hombres a la prisión del insaciable deseo y los encadena a la rueda del futuro? ¡Retírate, porque, de ahora en adelante, nada hará cambiar mi decisión!

Los fugitivos cabalaron durante mucho tiempo, hasta que el día comenzaba a clarear y se encontraron junto a un río que fluía ante ellos:

–¿Qué río es? – preguntó el príncipe.

– Se llama Anauma, que quiere decir «sublime».

– Pues bien, dijo Siddharta, así me llamarán todos desde este momento.

Entregó entonces a Chandaka las joyas que llevaba encima y le encargó que volviera a Kapilavastu para informar a su padre de todo lo que había visto.

Le dio también su caballo y continuó en solitario el camino, que desde ese día ya no abandonaría nunca. En la otra orilla del río Anauma encontró a un mercader pobremente vestido con el que intercambió su rica vestimenta. Sin embargo, antes de darle la espada se sujetó la cabellera para cortarla y se dice que, arrojándola por los aires, pronunció estas palabras:

–¡Si estoy destinado a hallar el nirvana en esta vida, que estos cabellos se mantengan suspendidos en el vacío; de lo contrario, que caigan a mis pies!

Y su cabellera se mantuvo suspendida en el aire.

La «Gran Huida»

– Aquel cuyos sentidos están relajados igual que los caballos domados por su jinete, aquel que se ha despojado de cualquier idea propia, que está libre de cualquier deshonra, al que hasta los mismos dioses le tienen envidia.

– Vivimos en perfecta alegría, sin odio en un mundo de odio. Permanecemos entre hombres dominados por la enemistad sin sentir sus efectos.

– Vivimos en perfecta alegría, sanos entre los enfermos. Entre estos nos conservamos sanos.

– Vivimos en perfecta alegría, serenos entre los nerviosos. Entre los hombres que se alteran permanecemos sin sobresaltos.

- Vivimos en perfecta alegría, nosotros que no poseemos nada. La alegría es nuestro alimento, del mismo modo que para los dioses que reinan.
- Igual que el monje que permanece en un lugar solitario y mantiene su mente serena, y que experimenta una felicidad sobrehumana cuando contempla la ley.

La soledad y la austeridad

A partir de este momento se adentró en la soledad del bosque Uruvela para meditar sobre el origen del mundo y vivió seis años en una cueva sin que nada interrumpiera su meditación. Un día, cuando todavía había transcurrido poco tiempo, cinco ascetas que pasaban por allí descubrieron su retiro y decidieron acompañarlo. Juntos se entregaron a la más absoluta austeridad, exponiéndose a los rigores del clima, huyendo del sueño y casi sin ingerir bocado. Cuando ya habían pasado seis años, Sakyamuni, «el que hace girar la rueda de los mundos», cuya reputación se había extendido como el sonido de una campana suspendida bajo la bóveda del cielo, se dijo a sí mismo: «El ayuno no podría conducirme por el camino que busco. Mis fuerzas se pierden en una lucha estéril, es inútil obligar a la naturaleza a luchar contra sí misma. La vía de la salvación va por otro camino».

Y entró, tras pronunciar estas palabras, en las aguas del río Naranjana a fin de purificarse. Cuando salió de nuevo, una enorme fatiga se apoderó de él y tuvo que echarse junto a la orilla. Fue entonces cuando pasó Sujata, la hija de un pastor. Cuando ella vio a este monje que yacía en el suelo, se acercó hasta él y le ofreció leche y arroz. Siddharta se lo agradeció.

Entonces su mente empezó a ver con más claridad y, desde ese momento, comió de forma suficiente y recuperó su vigor y su salud. Depositó entonces en el agua que fluía vertiginosa la escudilla en la que acababa de comer y dijo: «Si mi hora ha llegado, que esta escudilla flote y remonte la corriente». Entonces la escudilla fue arrastrada hasta el centro del río y lentamente remontó la corriente. Sus compañeros, al verlo comer y renunciar al ascetismo, se apartaron de él diciendo: «Siddharta nos deja para buscar una vida más cómoda, no podemos permanecer junto a él». Y se adentraron en el bosque sin comprender que, si el objetivo es alcanzar la verdad, será más fácil que lo logre una mente bien alimentada en un cuerpo sano.

El Árbol de bodhi

Sakyamuni se alejó en soledad y dirigió sus pasos hacia Bodhimanda, el lugar de la iluminación. Por el camino encontró a un hombre cargado con una gavilla de hierba que acababa de segar allí cerca. Le pidió un poco de hierba para sí y, después, cuando estaba ante el Árbol de la Ciencia, la extendió por el suelo y se sentó sobre ella. Entonces pronunció estas palabras: «No me levantaré hasta que no haya alcanzado la suprema sabiduría. Después envolveré el mundo con el velo del conocimiento y de la ley liberadora. Haré caer la lluvia de la ley que permite obtener el nirvana final. Cortaré las ataduras del deseo y de las pasiones». Siete días permaneció sumergido en su meditación, reflexionando sobre el encadenamiento de las causas y las consecuencias de las que deriva el dolor de la existencia: de la codicia procede el apego a la existencia, de este apego procede el futuro, del futuro procede el nacimiento, del nacimiento procede la pena, la tristeza, la desesperanza, la vejez y la muerte. Pero si se suprime la principal causa, si la ignorancia es destruida, todo el edificio se derrumba y el sufrimiento desaparece.

Cuando acabó de formular este razonamiento, vio venir hacia él a Mara, el maligno, el maestro de los cinco deseos, que decía: «Un hombre que busca la salvación ha nacido en la familia de los sakyas; si la obtiene dará la inteligencia a miles de seres y dejará desierta mi morada. ¡Vayamos y acabemos con él!».

Una vez reunidos sus innumerables soldados, avanzó y vio que todos estaban dispuestos y con las armas preparadas. Sin embargo, a medida que las flechas caían sobre el Perfecto se transformaban en pétalos de flores. Al ver que su ataque resultaba inútil, Mara hizo que se desencadenara una terrible tempestad que oscureció el cielo e hizo caer la lluvia a mares sobre la tierra. Sin embargo, Siddharta se mantenía sereno ante todos estos actos.

Mara hizo entonces venir a sus hijas, Concupiscencia, Inquietud y Voluptuosidad, para que buscaran una debilidad por la que apoderarse de la mente del Santo. Sin embargo, el Iluminado marchitó su belleza, irresistible para todos los demás, con una simple mirada. Retomando sus vanas ilusiones, el enemigo le presentó, en un último esfuerzo, la enorme tarea que le esperaba si quería salvar a todos los hombres: «Si ya conoces la causa de la infelicidad humana, ¿por qué no entras inmediatamente en el nirvana?». En respuesta, Buda tocó con sus dedos el emplazamiento sobre el que había meditado y que su adversario quería quitarle. Después, poniendo en la balanza la paz eterna y la compasión que sentía hacia los hombres, optó por elegir la segunda.

El Bodhisattva examinó retrospectivamente, siete veces durante siete días, su conducta y alejó de sí cualquier otro pensamiento. Volvió a ver todas sus vidas anteriores, escrutó el misterio de la primera causa y vio que sólo la ignorancia encerraba a los seres en el error y la pena. Supo entonces que había adquirido la ciencia perfecta.

Cuando, mientras continuaba su vigilia, llegó el monzón, vio venir hacia él a la serpiente Mucalinda, que había salido de su reino invisible, y lo envolvió siete veces en sus pliegues, formando con su cabeza un capuchón para protegerlo de las aguas del diluvio.

Cuando finalizaron los cuarenta y nueve días de meditación del Bienaventurado y ya hubo contemplado las verdades esenciales, se levantó y dijo: «Que las puertas de la eternidad se abran para todos. Ahora puedo comenzar mi predicación». Después entonó su canto de la victoria:

«Buscando al constructor de la casa
he recorrido mi trayecto en el torbellino de los
nacimientos sin número,
que nunca escapan a las trabas de la muerte.
El mal se repite de nacimiento en nacimiento.
Señor de la casa: ¡te veo!
Nunca me construirás una casa.

Todo tu almacén está ahora destruido,
el caballete del tejado está hecho astillas.
Se deshizo la estructura:
mi mente ha conseguido aniquilar los deseos».

La penúltima vida de Buda

Ignorado por mi pueblo, yo, el hijo del rey, fui injustamente expulsado de mi reino. Mis últimos tesoros, mi carroza y mis caballos, los di a las gentes que me los pedían y continué mi ruta a pie con mi mujer y mis dos hijos.

Cuando los niños vieron en el bosque árboles con frutos se pusieron a llorar porque deseaban alcanzarlos. Al verlos llorar, los árboles se descolgaron de sí mismos y se agacharon para ofrecérselos.

Cuando llegamos a la montaña Vanka, vivimos en medio del bosque, en una cabaña de ramas, igual que los anacoretas. Yo, la princesa Maddi y los niños nos acostumbramos a ese entorno mitigando cada uno el dolor de los demás. Yo permanecía en nuestra habitación vigilando a los niños mientras Maddi recogía frutos para alimentarnos. Un día se presentó un mendigo que me pidió a mis dos hijos. Sonreí, los cogí y se los di. Entonces la tierra tembló y el dios Sakka descendió del cielo disfrazado de brahmán. Me pidió a Maddi, la princesa, la virtuosa, la fiel. Entonces la tomé, le llené las manos con agua y con el corazón alegre le di mi adiós. Cuando hube entregado a Maddi, las divinidades del cielo se reunieron y la tierra tembló de nuevo. Di a Jali, mi hijo, a Kanhajina, mi hija, y a Maddi, la esposa fiel, la princesa, y no teniendo nada que atender pude obtener la dignidad de Buda.

El sermón de benarés

Cuando abandonó el Bodhimanda, el lugar de la Iluminación, Buda Gautama se dirigió a Benarés para hablar de las verdades que había alcanzado. A medida que se acercaba a la ciudad pudo reconocer a los cinco ascetas que se habían separado de él algunas semanas antes. Al verlo, acordaron, enfadados, ofrecerle una acogida fría y distante. Sin embargo, a medida que se acercaba a ellos, pudieron percibir en él aquel aspecto saludable que había recuperado tras el Gran Paso y también que había franqueado las cadenas de la existencia. Entonces se convirtieron en sus primeros discípulos.

«Ya no soy Sakyamuni – les dijo—, soy Buda, el “Iluminado”.

«He concentrado mi pensamiento en un único punto y, una vez establecido, he realizado la primera meditación, que rechaza las falsas doctrinas. He conocido, tras suprimir el juicio y la acción, la segunda meditación, que libera del recuerdo. Separando la alegría de la tristeza, he llegado a la tercera meditación. Abandonándolo todo he accedido, finalmente, a la cuarta meditación, desde la que se puede contemplar la vida. Y allí he permanecido.

«Bajo el Árbol de la Ciencia, he encontrado las cuatro verdades: la verdad sobre el dolor, la verdad sobre el origen, la verdad sobre el final, y, por último, la verdad sobre la manera de suprimirlas todas. ¿Qué es el dolor, sino la vida misma acompañada de sus tormentos? ¿qué es sino la unión con aquello que no se desea y la separación de aquello que se quiere? Todo deseo que no puede ser disfrutado engendra dolor, pero ¿cuál es la causa del dolor si no es la sed egoísta y la pasión? De estas es pues necesario separarse. Ese es el camino de la sabiduría.

«Ni las mortificaciones ni los ayunos ni los sacrificios purifican si el error no es erradicado. Las mortificaciones son dolores que minan el cuerpo y debilitan la mente. El cuerpo sin fuerzas no es más que una ruina desde la que el hombre aumenta su ceguera, igual que una lámpara sin aceite que no puede iluminar las tinieblas. La abstinencia es inútil sin la eliminación del deseo.

«Veamos ahora qué es la rueda de la ley: sus radios son las reglas de una conducta pura; la justicia es la uniformidad de su extensión; la sabiduría es su perímetro; la modestia y la reflexión son el medio en el que ha sido fijado el eje inmutable de la verdad. Únicamente el “yo” es la causa de la ilusión y del mal. Y sin embargo, no es más que una sombra sin consistencia.

«Evitad la sociedad de los imprudentes y buscad el intercambio con los sabios.

«Honrad a los que son virtuosos.

«No intentéis elevaros por encima de vuestra condición.

«Pensad en la importancia de vuestras acciones de cara a vuestro destino.

«Conservad la dignidad.

«Estudiad la ciencia de la verdad.

«Velad por vuestra familia, vuestra mujer y vuestros hijos.

«No actuéis nunca impulsados por la pasión.

«Dad limosna.

«Respetad a los demás.

«Actuad con humildad.

«Buscad el equilibrio entre las alegrías y las aflicciones sin debilidad pero sin temor».

A medida que el Sublime iba hablando, se acercaban más oyentes. Muy pronto eran más de cincuenta los que lo rodeaban, en el parque de los Gamos de Benarés, donde se reunían al abrigo de la lluvia de los monzones. Dirigiéndose a ellos, les dijo: «Marchad a enseñar la ley. No elijáis nunca el mismo camino, a fin de que vuestra palabra pueda extenderse como lo hacen las nubes por el cielo. En cuanto a mí, me hallaréis en la soledad de Uruvela».

El retorno a kapilavastu

Mientras Buda iba por el mundo predicando la ley, el rey Suddhodana, su padre, envejecía en su palacio, mientras seguía lamentando su ausencia. La celebridad de su hijo había llegado hasta sus oídos, aunque desde hacía ya seis años no lo había vuelto a ver. Una mañana dijo a los grandes dignatarios de su reino:

«No me gustaría morir sin haber vuelto a ver a mi hijo tan amado. Caminad hasta donde vive y decidle que mis días están contados».

Pero he aquí que estos hombres, cuando llegaron y oyeron las palabras del Perfecto, no sintieron más deseo que el de dejarlo todo para seguirlo. Tampoco ellos volvieron nunca. Suddhodana puso en marcha otros intentos, pero las embajadas se sucedían sin que pudiera nunca recibir noticias. Todas llegaban hasta el Maestro y no volvían nunca más. En el límite de la desesperación, el viejo rey puso en marcha un último recurso enviando a su fiel servidor Kaludari. Este había nacido el mismo día que Siddharta y había pasado su infancia junto a él. Sin embargo, al igual que sus predecesores, experimentó la irresistible atracción de su amigo de otros tiempos y decidió vestir el hábito religioso. No obstante, preocupado por obedecer a su señor, se dirigió a Buda y le dijo: «Ha comenzado la estación propicia a los viajes, ¡oh Bienaventurado! Allí, en el país de los sakyas, tu padre llora tu ausencia y reclama ardentemente tu regreso. Es viejo y su vida se acaba, ¿no podrías ir a visitarlo?».

Entonces, el Santo, seguido de todos cuantos le habían sido enviados por su padre, tomó el camino de Kapilavastu; en total eran unos veinte mil. Cuando llegaron a la pequeña ciudad vieron con cuánta inmensa alegría eran recibidos. Suddhodana, postrado ante su hijo, pronunció las siguientes palabras: «Cuando naciste, hijo mío, me incliné por primera vez ante ti; una segunda vez me arrodillé ante la evidencia de tu predestinación. Hoy, por tercera vez, me inclino ante tu perfección. El dolor ha desaparecido de mi corazón y recojo el fruto de tu renuncia».

Todas las mujeres del palacio, con la segunda esposa de su padre a la cabeza, vinieron a saludarlo. Únicamente Gopa Yasodhara no se presentó. A quienes le preguntaban, ella les respondía: «Si merezco alguna atención, Siddharta vendrá hasta mí». Entonces Buda se dirigió hacia ella y descubrió a una mujer todavía joven, vestida con un hábito amarillo y el cabello cortado. «Hace tiempo – le contó Suddhodana— que ella creía que habías fallecido. Sin embargo, cuando le fue revelada tu gran misión, renunció a los privilegios que correspondían a su rango, se cortó la melena y ha vivido desde entonces de una forma humilde».

Está bien – respondió simplemente el Perfecto—, ha adquirido grandes méritos.

Vio a continuación a su hijo Rahula: «Monje, tu sombra es agradable», le dijo el niño. Después, le preguntó con atrevimiento: «Dispones de parte de mi herencia, del oro que debo recibir. Lo necesitaré cuando sea el rey de los sakyas».

«No puedo darte esos tesoros percederos, hijo – le contestó—. Sólo te provocarían angustias y preocupaciones. Temerías perderlos y desearías aumentarlos. Sin embargo, puedo ofrecerte otros bienes, si eres bastante fuerte para conservarlos. Esos no se pierden nunca».

Y a continuación le habló de la renuncia y de la ley. «Eso que dices me gusta – dijo Rahula—. Voy contigo».

Así fue como el hijo del Señor del Mundo se convirtió en uno de sus discípulos. También las mujeres que lo rodeaban le pidieron entonces compartir su vida errante, de manera que así se creó la primera comunidad femenina: también ellas lograrían hacer girar la rueda de la ley y enseñar la perfección. El requerimiento era que los hombres no mandasen sobre las mujeres ni las mujeres sobre los hombres, sino que fueran justos unos con otros.

Poco después murió Suddhodana, cargado de años y con la conciencia iluminada por aquel que el destino le había dado como hijo. Gautama hizo preparar una pira en la que depositó el cuerpo

del anciano y a la que él mismo prendió fuego. Después de eso dejó, junto a sus fieles, Kapilavastu para seguir difundiendo la nueva doctrina de la salvación.

Los poderes de Buda

Hermanos, puedo mostraros mis poderes ilimitados. Siendo varios me convierto en uno; visible o invisible, puedo pasar a través de una pared o una montaña como si fuera el aire; puedo sumergirme en la tierra o emerger como si estuviera hecha de agua; puedo marchar sobre las aguas como si fueran tierra firme; puedo desplazarme por el aire como si fuera un ave; puedo tocar con mis manos el sol y la luna; dispongo en mi cuerpo de un poder que se extiende por todos los mundos. Pero, sin duda, el poder más grande que tengo es el de la enseñanza. Y debéis saberlo: sólo una generación malvada y adúltera pide señales. No soy sacerdote ni príncipe ni labrador ni nadie al que le corresponda alguna categoría. Recorro el mundo como el que sabe y el que no es nadie, y como aquel al que las cualidades humanas no contaminan. Es inútil preguntarme cómo me llamo. Ninguna huella permite seguirme.

El sacrificio del «yo»

En el bosque de Uruvela vivían numerosos ermitaños bajo la guía del eminente Kacyapa. En una cueva sagrada tenían una llama con la que mantenían el culto al fuego. Buda quiso ver a Kacyapa cuando pasó cerca de su retiro. Este último lo recibió y los dos pasaron una noche de vigilia ante el fuego. A medida que pasaban las horas, el ermitaño descubrió los inmensos méritos y poderes que tenía su huésped y sintió cierta envidia.

«Sakyamuni es un gran santo – pensaba él— y muy pronto, cuando comience el periodo de fiestas, el pueblo me abandonará al ver sus prodigios».

Sin embargo, el Perfecto no apareció mientras duraron las fiestas, por lo que el sabio se mostró muy sorprendido: «¿Por qué no te has dejado ver cuando la muchedumbre estaba presente?».

«Tu secreto deseo era ese», le respondió Buda.

«Sakyamuni es un gran santo – pensó de nuevo Kacyapa—: ve en mi conciencia. Sin embargo no es más santo que yo».

Entonces Buda le tendió la mano: «No estás lejos de la verdad, Kacyapa – le dijo—. La ves, pero la envidia te impide recibirla. Debes saber que, si las religiones están hechas de sacrificios, este es uno, el único, el que supera a los demás: es el sacrificio del “yo”, porque la sangre no purifica y es mejor obedecer las leyes de la justicia que adorar a los dioses».

Sariputra, el discípulo

Sariputra fue quien organizó la difusión de la doctrina de Buda. Nacido en una familia de brahmanes del reino de Magadha, se incorporó muy pronto a la vida religiosa bajo la tutela de Sanjaya, asceta escéptico que puede ser asimilado a los cínicos griegos. Siguió a Buda y muy pronto recibió la Iluminación. El budismo primitivo tomó el nombre de la Escuela de Sariputra o Antigua Escuela de la Sabiduría. Se explica que antes de hacer suya la nueva ley se reunió con el monje Assaji y le formuló esta pregunta:

– Amigo, tu expresión se muestra serena, tu tez pura y clara, ¿en nombre de qué has renunciado al mundo? ¿quién es tu maestro? ¿de dónde proceden las enseñanzas que profesas?

Y Assaji le respondió:

– El hijo de los sakyas ha renunciado al mundo: en su nombre he tomado la resolución de hacer lo mismo. Él es mi maestro y yo profeso su doctrina.

–¿Y qué dice tu maestro? ¿qué enseña?

A lo que Assaji le respondió:

– Yo no soy más que un novicio y no te lo sabría explicar en toda su amplitud. Pero puedo resumírtelo: todo lo que nace también desaparece.

Sariputra exclamó finalmente:

– La doctrina será algo más que eso. ¡Tú no has llegado al estado en el que el dolor cesa, un estado que no había sido conocido en tantos miles de años de existencia del mundo!

Y Sariputra siguió, desde este día, a Buda Gautama.

Historia de Devadatta

En la ciudad de Rajagriha vivía un sobrino de Buda llamado Devadatta que se presentaba como su rival. Desde hacía mucho tiempo sentía un persistente odio contra el Maestro y buscaba la manera de conseguir que muriera. En primer lugar pagó a treinta arqueros para que se encargaran de matarlo con sus flechas. Sin embargo, cuando estos hombres descubrieron quién debía ser el blanco de sus flechas, arrojaron al suelo sus armas y cayeron a sus pies para adorarlo.

Cuando Devadatta supo qué había pasado, decidió llevar a cabo los planes por su cuenta. Empezó por vigilar los pasos de su adversario hasta que un día vio que se adentraba por un camino de montaña; decidió entonces apostarse en un promontorio para empujar sobre su enemigo una gran roca con la esperanza de que lo aplastara. Sin embargo, la roca se desvió y acabó partida en mil pedazos. Al día siguiente, mientras Gautama caminaba por las calles de Rajagriha, vio venir hacia él un elefante furioso al que el malvado había provocado para conseguir su objetivo. Sin embargo, poco antes de llegar hasta el Maestro, la enorme bestia se detuvo bruscamente, se arrodilló y barritó hacia los cuatro puntos cardinales como muestra de veneración.

Después de este nuevo fracaso, Devadatta reprimió su ira a la vez que reforzó el deseo de conseguir su objetivo. Hacía ya algún tiempo que, gracias a su habilidad y facilidad para componer discursos, había sabido atraer hacia su causa a un cierto número de religiosos. Consciente de los perversos efectos de su doctrina y preocupado por iluminar a los que se extraviaban, el Perfecto había enviado a su buen discípulo Sariputra a fin de que recondujera hacia el camino correcto a los hombres descarriados. Cuando se enteró, Devadatta tuvo un terrible acceso de rabia y fue directamente a reunirse con su tío. Pero cuando estuvo ante él, el suelo se abrió bajo sus pasos y, lentamente, a fin de que todos pudieran ver el castigo, se hundió en la tierra hasta llegar a la región infernal del Avitchi.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.